



LOS AÑOS PASAN, PESAN, PISAN

RAUL GUERRA GARRIDO

Quizá tenga uno la culpa por su artículo del año pasado, *A los diez años de Cacereño*, de que hoy volvamos a ocuparnos del problema de la inmigración. Son dos actitudes muy diferentes las que comportan las dos circunstancias extremas del arco viajero, la optimista de los que con veinte años, en la década de los 60, vinieron (vinimos) a la tierra de un trabajo prometido y la pesimista del que con cuarenta cumplidos, en la década de los 80, empieza a barruntar una lóbrega operación retorno, y como uno ya ha insistido en numerosas ocasiones en la problemática social de la integración, lo que ahora pretende es reflexionar sobre el fenómeno nuevo, viejo como el mundo, de qué ocurre con nuestros jóvenes. El horizonte de

esperanza es lo que diferencia de forma radical los puntos de vista de "narcisos" y "matusas" y va a decidir en la toma de decisión última: irse o quedarse.

El "narciso" es el joven. El "narciso" es hedonista y fantástico, es manipulador y promiscuo en sus relaciones de amistad, le cuesta amar y sueña con ser amado, busca la aprobación de los otros y sin embargo carece del sentido de culpa, exhibe su osada despreocupación y se obsesiona por su salud y vestimenta, tiene un gran encanto personal y no obstante le gustaría ser otra persona, por supuesto jamás una persona mayor, cumplir los treinta es inmoral.

La lucha de clases la ha sustituido por la lucha generacional. El enemigo es el viejo, pero el viejo es el padre y el término ya no vale puesto que viejo es alguien que tiene diez años más que uno, lo viejo es lo carroza, lo con muchos años, un "matusa" de Matusalén, pero inmóvil, los muertos, éstos son los padres.

El "narciso" es un rebelde sin causa por más camiones que atravesase en la general, porque en el fondo jamás ha sentido la opresión paterna. Es un revolucionario que no sabe a qué revolución quedarse. Llena su vacío con el ecólogo, el guru o el ídolo musical, padres sustitutorios que desarrollan una nueva espiral de autoritarismo sutil y por la que los "narcisos" trepan hacia lo alto, ellos que no son fascistas y les repugna el Estado.

Les gusta el anarquismo, pero las figuras alternativas de autoridad que han elegido lo más que les permiten es ser anarcos de disfraz y pintada. Quizá también influya la dura frase de Paul Goodman, uno de sus ídolos ideológicos. "Para ser anarquista hay que ser competente y no estar alienado", y para ser competente hay que trabajar con esfuerzo y para no estar alienado hay que pasar de tejano y porro: la vida es dura, compañero.

Ser joven es una virtud que no puede acrecentarse con el paso de los días y más que un estado de ánimo es un estado del cuerpo, eso sí, un estado glorioso y exultante. La veteranía tampoco es una virtud como para enorgullecerse, los años no nos hacen más bellos, ni siquiera más justos o más sabios, nos hacen simplemente más viejos.

Parece que el estadio juvenil podría definirse a través de un espíritu viajero, receptivo, con capacidad de asombro, en

definitiva un ente acumulativo, y sin embargo algo no marcha, los hijos están de vuelta sin haber ido y para demostrarlo no se conceden el don de la sorpresa. Al contrario parece que el estadio adulto podría definirse a través de un espíritu maduro, sedentario y didáctico, básicamente un ser dispensador, y sin embargo algo no funciona, la ignorancia y el egoísmo de los padres se disfraza de superioridad y la transmisión se corta. La lucha de generaciones más que de un mutuo desprecio procede de una mutua ignorancia. La edad no es una virtud positiva en sí misma, salvo en la aleatoria probabilidad de vida que nos informa, y el virtuosismo radica en saberse adaptar a las excelencias de la que cada uno tiene, tan desastre es el niño disfrazado de prodigio como el galán maduro que se viste de jovencito, ambos tienen perdida la partida antes de entrar en juego.

Todos somos "narcisos" frente al espejo de nuestra imaginación. El mundo quiere ser joven y la juventud se aprovecha a fondo. Se dice de ella: está perdida, no hay quién la entienda, es el desmadre, el juicio final y el acabóse. Esto no había pasado nunca. "Ninguna generación ha disfrutado de los bienes que disfrutan hoy nuestros jóvenes y ninguna otra generación en la historia se ha mostrado tan repudiable." Esto decía ya el "matusa" de Sócrates. Qué difícil es ser vanguardia, tío.

A uno le parece que los jóvenes autóctonos y foráneos tienen más cosas comunes entre sí que con sus respectivos padres y, por supuesto, muchas más de las que tienen los "matusas" entre ellos. De cara a un futuro integrador puede ser una esperanza siempre que nos olvidemos de la maleva definición de adolescente: proyecto de hombre que siempre se malogra. Y es que los años pasan, pesan, pisan...